

## A bote pronto

## El acoso sexual

CAMILO JOSE CELA

**E**stamos tomando el rábano por las hojas, dicho sea con los debidos miramientos, estamos confundiendo el culo con las cuatro témporas. ¿A qué se llama acoso sexual? ¿Dónde ponemos la frontera entre el acoso del que hablamos y su espejismo o su mēra y evanescente y fantasmagórica silueta? Los norteamericanos son muy aficionados a jugar con los conceptos, las palabras y las ideas más o menos reales o

espectrales, y ahora, en la Universidad de Pennsylvania, han descolgado de la pared una copia de la «Maja desnuda» de Goya con el argumento, un tanto traído por los pelos de la dehesa, de que es una concesión al machismo e incita al acoso sexual. ¡Vaya por Dios! El cuadro de Goya nunca tuvo suerte en los Estados Unidos; recuérdese que en tiempos del general Primo de Rivera nos devolvieron cartas franqueadas con el sello que lo reproducía.



## Andante cantabile

## Premura

ALVARO RUIZ DE LA PEÑA



**A**cabo de recibir una carta del Servicio de Consumidores Premura, con sede en Barcelona. Dice así: señor Ruiz: ante todo deseamos darle la bienvenida al año 1992. Como usted sabe, Premura es una línea de productos con bajo contenido en calorías (punto y aparte). Conocemos muy bien el sacrificio que representa para usted eliminar esos kilos de más tan odiosos. Por ello Premura lleva ya muchos años investigando para ofrecerle una completa gama de productos que le ayuden a cuidarse, pero, eso sí, con todo el buen sabor (punto y aparte). El endulzante Premura sólo aporta la cuarta parte de calorías y, sobre todo, tiene ese verdadero sabor a dulce que a usted le gusta. Es decir, la ocasión de su vida (punto y aparte). Escribanos al Servicio de Consumidores Premura. Deseamos conocer sus problemas y dudas, para las que tenemos soluciones (último punto y aparte). Reciba un caluroso saludo («finis coronat opus»).

Bueno, pues nada. Como Premura quiere conocer mis problemas y mis dudas me animo a contestar, con el deseo ferviente de que Premura sea menos impertinente y ruda en sus epístolas.

En primer lugar, no se capta la benevolencia del posible cliente comiéndole los apellidos con premura de antropólogo. Comprendo que mis dos apellidos no tienen por qué figurar en una carta, pero que

me dejen sin la mitad del primero me parece de una voracidad preocupante en personas que te sugieren formas de adelgazamiento.

En segundo lugar, dar la bienvenida al 92 en marzo me despista un poco; es como si yo le diera la bienvenida estos días a Carmen Calderón por su llegada a Asturias hace ocho meses. La bienvenida o se da al bajar del avión o ya no se da nunca.

«Como usted sabe, Premura es una línea...». Juro por mis hijos que yo de Premura no sabía nada hasta la recepción de la carta. Y después de la tal recepción declaro no querer relaciones dietéticas con ella, por grosera.

Porque, ¿a qué viene llamarme hipopótamo grasiento si no me han visto el pelo en su vida? «Conocemos muy bien el sacrificio que representa para usted eliminar esos kilos de más tan odiosos». Pues no señor. Es cierto que me sobra algún kilo, pero conviví con ellos en armonía. Y eso de que a mí me gusta el dulce, ¿quién se lo dijo a Premura? Vaya, tampoco me gustan los dulces, menos los mazapanes de Verdú. Así que ya ven.

Así pues, el único problema que tengo yo es saber cómo Premura sabe mi dirección y la única duda que me corroe es si demandar a Premura por insultos, allanamiento postal de morada, intromisión en mi vida privada y mutilación onomástica. ¡Anda ya!

## El síndrome de sumisión

MANUEL ALCANTARA



**N**o a todos los soldados españoles les entusiasma haber abandonado su trabajo y su familia y dedicarse a realizar ejercicios robóticos en compañía de otros soldaditos, ya que todos pertenecen a la misma compañía. Si están allí, vestidos todos de idéntica manera —un color caqui que jamás elegiría una persona elegante—, es porque creen que deben hacerlo, aunque sea obligación dolorosa. No prefieren, entre todas las diversiones posibles, la de marcar el paso. Si dedican algunas horas diarias a ese monótono quehacer es porque se lo ordenan y quizá porque ellos, los que no se han declarado objetores ni insumisos, creen que deben hacer, si no

todo por la patria, sí algo por la patria.

De aquí en adelante, todo el que haya condescendido a ir a un cuartel durante unos meses de su vida puede sufrir complejo de gilipollas. Un juez de Madrid ha absuelto a un insumiso al considerar que su servicio sustitutorio —trabajar en una residencia de ancianos tras librarse de la «mili»— no es una forma de defender España. Los irreprochables argumentos del juez, que muchos profesábamos antes que él naciera, subrayan que el individuo y la persona están por encima de la sociedad y del Estado. Lo que ocurre es que no vemos tal disyuntiva en este caso. A un español se le ha cambiado el servicio militar por ningún otro ser-

vicio. ¿Qué pensarán los que han podido ser sus compañeros del cuartel o de la residencia? Quizá piensen que son unos cretinos y que el listo es el que no tiene ni ardor guerrero ni ardor enfermero.

Se comprende que los ministerios de guerra se llamen de defensa propia y que nadie esté ansioso por lanzarse al combate. Bienaventurados los pacíficos. (En un tiempo, el honor de luchar por la patria se delegaba en otros y existían los soldados de «cuota»; luego se produjo la conquista social que supone repartir ese honor: ahora se habla de ejércitos mercenarios). Cuando todos seamos furibundos pacifistas, un tipo como Hassan se hace con el mundo en una semana.

## Cabal

LUIS MEANA

**L**ejos de Gijón, para efectos, fuera del mundo, me entero, por desgracia tarde, de la muerte de Cabal, jugador de un Sporting matagigantes ya lejano.

Hacia la mitad de los cincuenta, de un chalet ajeno de la entonces hermosa avenida que llamábamos el Bulevar —en el prosaísmo actual, Pablo Iglesias—, un enorme Citroën negro de la época nos lleva a El Molinón. Por primera vez, sin la primera comunión cumplida, la iniciación en ese otro misterio del balompié. En la zona de la antigua tribuna de madera de preferencia, pegados casi al campo, la voz de una mujer, imposible ya de identificar, me dice algo así como: mira, mira a Cabal, ya entonces amigo de mi casa. Ese día comienza la larga historia de un

bebedizo, de un suave veneno que da la extraña capacidad de sentir una belleza infinita ante una cosa tan boba como un regate, cosa en la que, propiamente, sólo se ve a un hombre corriendo en ropas menores. En el fútbol se repiten los misterios de la sensación, como en la música, el saber o el arte.

De más adelante, recuerdo anécdotas sobre los monstruos, cosas de Gento o Di Stefano, que era como si un camarero real me revelara las conversaciones de mesa de los dioses. Poco importa que fueran o no ciertas. Entonces, como siempre, la épica alimentaba mucho más que la dietética. Cabal: estadio Bernabeu, pierden por tres o cuatro a cero a dos o tres minutos del final; alguien le lanza, a un extremo del Sporting —el nombre se omite por respe-

to— un balón larguísimo que atraviesa casi todo el campo; se percata del asunto el gran Di Stefano, cruza a galope el terreno, le tapa la esquina a tiempo y, en el forcejeo, le echa el balón a corner. El nuestro al gran Mago: «Serás hijodeputa, vas ganando cuatro a cero, faltan tres minutos, y tienes los coj... de correr todo el campo para quitarme el único balón que vamos a tocar». Las trillizas de ahora pedirían por eso trescientos kilos. Otro día: Marquitos intenta dar un taconazo, que le sale churro. Di Stefano a Gento: «Paco, mira a este cabrón que ya quiere jugar igual que nosotros».

Acabado el fútbol vino Ensidesa. En el minúsculo universo de la historia de un jugador se repite la caída de todos los imperios. La poderosa ascensión, más o menos me-

teórica. La desaparición repentina del aplauso que marca la desaparición del triunfo. Pierdes ese poder con la facilidad que muchas mujeres su belleza. Ya eres otra vez nadie.

A ese día en El Molinón le debe uno el haber aprendido para siempre la música que rige la comedia humana: el engaño, prepotencia y ensañamiento de la autoridad (el árbitro); la dureza cruel de la selección social (el jugador); la esencia contradictoria del observador escéptico (el reportero; no hay nada más apasionado); miles de espectadores reclaman furiosos un triunfo que el orden/desorden social les ha arrebatado (el público).

La vida fue poniendo después letra a esa música: la dinámica del amo y el esclavo, todo lo real es racional, o lo

que sea. Pero el paso se cogió allí, sin notarlo ni saberlo, el día aquel en que alguien pronunció la palabra Cabal.

Me cuentan, de casa, que murió mientras contemplaba la remodelación del nuevo Paseo de Begoña. Difícilmente puede ningún dios imaginar muerte más dulce, más propia y más gozosa para un gijonés. Pidió marcharse sin funeral, ruido, ni entierro al cementerio de Somió. A veces muy suyo, los míos lo recordarán siempre como amigo. En el sagrado estadio de El Molinón una yerbecita lleva inscrito ya para siempre su nombre. A esa tumba iremos a visitarlo muchos todos los domingos. Porque ese estadio es nuestra casa común y nuestra única y verdadera tumba: yerba verde y maternal de El Molinón, en la que nos gustaría acurrucarnos a todos.